

PRIMEROS

Mariana Figueroa & .txt

Octubre de 2017

<http://punto.txt3.wordpress.com>

Señor, apiádate de nosotros.
Estamos muertos, enterrados,
cantándonos letanías en voz alta.
Apiádate de los poetas de culo gordo atornillados a sus sillas,
que no quisieron ser eso.
Apiádate de los poetas de lengua flaca mendigando cinco minutos de fama
de fama mortuoria entre los muertos,
de los poetas de lengua viperina y de la mesa redonda donde tragamos y nos escupimos
veneno,
de los poetas-viejas-chusma, vieja chusma.
Apiádate de este argot donde hacer el verso es mentir,
apiádate de las direcciones, las culturas y las gestiones.
Apiádate del resto del mundo que mastica versos viejos en los pupitres,
apiádate de todos los petrificados por el mármol,
apiádate de todos los que se pudren en la desidia.
Ora pro nobis, dios, ingenio, musa,
apiádate de los que abandonan la fosa común para encerrarse en tumbas solitarias,
y están tan muertos como los zombis gregarios.
Apiádate de los iconoclastas de íconos intrascendentes,
que desperdician su vómito tanto como su ternura.
Apiádate de nuestro fracaso, de nuestro estrepitoso fracaso
en levantarnos a buscar sangre viva para alimentar las palabras.
Apiádate de nuestra autocompasión, de nuestras quejas,
de nuestra boca que chupa y chupa cigarrillos, café y vino,
y nuestras tripas hambrientas de aplausos y leche materna.
Apiádate de los libros que vegetan en los estantes,
porque el monto necesario se escapó a un paquete de yerba.
Apiádate de nuestra incertidumbre. Si estuviéramos en el Purgatorio,
esperaríamos a pagar el precio de nuestra vanidad y soberbia,
si estuviéramos en el infierno,
nos prepararíamos a sufrir eternamente,
pero este limbo de almas en pena no promete más nada

que un vasito de vino en el próximo brindis en la presentación del próximo libro que próximamente se pudrirá en un estante al precio de un paquete de yerba.

Apiádate de la mesa de saldos donde todos valemos menos que un paquete de yerba, quizá que una torta frita.

Apiádate de los líricos loosers,

apiádate de lo inútil, de lo accesorio,

apiádate las letanías tipificadas donde todo suena igual, igual, igual.

No te apiades de papá Estado; apiádate de los tentáculos de su pulpo, que en algún tiempo fueron sólo poetas.

Apiádate de los parásitos de las escamas del pulpo,

que también fueron sólo poetas,

apiádate de lo que alguna vez fue poesía,

y el toque de un anti-Midas lo volvió caca regurgitada.

Apiádate de nuestra perdida infancia, donde todo fue juego y, por tanto, poesía.

Apiádate de los oídos a los que nunca llegaremos,

apiádate de las bocas que nunca podrán hablar.

O mejor, no te apiades de esos oídos,

quizá habría que apiadarse de ellos si nos escucharan.

Apiádate de nuestras lágrimas, de nuestra contractura cervical, de nuestro hígado maltrecho

de nuestra tos y de nuestras amígdalas inflamadas.

Apiádate de nuestra impotencia empecinada.

Apiádate de la tacita de plata llena de dulce de leche podrido,

de la vaca gorda plagada de bicheras.

Apiádate de nosotros. Aunque sabemos que tu piedad no es infinita

(la Iglesia quiere que lo creamos, pero es sólo propaganda).

Sabemos que tu piedad es un recurso escaso, que debe administrarse racionalmente, como el gasto del Estado.

Pero, continuando con la analogía, te pedimos un poquito más que lo imprescindible, pues sabemos que es la única manera de obtener lo imprescindible, o un poquito menos.

Dáñoslo y vete al diablo.

Amén.

En algún momento te volviste un cáncer.
No creas, pequeña, que te amé más de lo que tú me amaste.
Yo también veía migajas;
pero yo pasaba hambre.

Debería llorar durante varios días,
sin parar, moqueando y berreando
y no hacer otra cosa que llorar, gritar, patalear y temblar de miedo.
Hago eso todos los días en silencio
en un rincón de la mente que debe permanecer oculto y callado;
pero resulta imposible ocultar del todo
este vago terror.

Temo que explote el día menos pensado,
y probablemente el menos oportuno. Hoy, por ejemplo
que debo poetizar algo que no vi durante más de dos días.
Temo a la explosión abrupta y no anunciada
de un llanto de terror presumiblemente eterno
que me encierre en un capullo de papel blanco
donde no haya cosas como pueblos o postales o personas
o historias o canciones o mariposas o yaras.
Solo un color blanco compacto como plomo,
donde el alma se aquerencia
en el cómodo refugio de la nada o de la ausencia.

Nunca creas en el llanto de un duro;
los duros no se conmueven.

Estoy buscando la manera de escaparme
y al mismo tiempo te suplico que me encierres.
Estoy cazando palabras que guardo en frascos de vidrio
mientras espero para lanzarme como kamikaze a tus orillas.

No quiero volver a danzar precipicios.
No me lo permitas. Tengo miedo
de ahogarme en las letras de tu nombre
herida por un lejos en tus ojos.

Cada paso presente abismos.
Aún no tengo versos suficientes
para usarlos de puente ni de escudo.

No me dejes en la solitaria calle
en que muerto de frío tantas veces
transitada por alcohol y por demonios.

Cuándo cesará de venir el fin del mundo,
cuánta peste real, cuánta psicosis de peste,
cuánta pólvora y miembros humanos dispersados en expansión obscena,
cuántos terremotos, tsunamis y volcanes que excretan sangre de santos,
cuánta ceniza cuánto veneno
cuánta desolación enquistada en los espíritus suicidas
cuánto odio lacerante en las almas homicidas,
cuánto furor vandálico entre los sediciosos radicales,
cuánta calma fría y ladina en los oligarcas conservadores,
cuánta Sodoma y Gomorra en la farándula porteña,
cuánta falsa modestia en los magnates de cuarta orientales.
Cuántas cosas cayendo con constancia y celeridad.
Cuándo cesará de ser el fin del mundo si ganan ellos, según nosotros,
cuándo cesará de ser el fin del mundo si ganamos nosotros, según ellos.
Cuándo el mundo terminará de acabarse,
cuándo llegaremos al orgasmo final luego de este eterno histérico.
Siempre es el fin. Nunca se sabe
adónde iremos a parar, y sin embargo,
todos los días amanecemos parados en el mismo lugar.
A pesar de que todo muera, caiga, se marchite
y el escenario mute estrepitosa y continuamente,
nuestros pies se aferran a las mismas dos baldosas,
como si así pudiéramos evitar que el mundo caiga a pedazos,
como si nuestras dos baldosas no fueran el mundo.

Mírame aquí a tus pies, princesa cruel
arrastrando mis rodillas
buscándote otra vez.
Mírame perseguir entre las sombras
la limosna de tu mano
una mirada o un tal vez.

Yo nunca supe amar
sin desangrarme, sin desterrarme.
No tengo nada que perder
voy a matar cada dragón
hasta salvarme
hasta salvarme.

Te di cada flor, cada canción
de cada bosque, de cada llanura,
de cada montaña, de cada desierto.
Por qué miras con desdén
a quien no te pide nada
sólo te ríes, sólo te ríes.

Ríes de mí pero tu risa
tiene la luz de una mañana
en el paraíso,
en el paraíso.

Comencé el día con el corazón roto y media botella de vino en la heladera.

Nada más para hacer.

La guacha me sicopateó y yo comiendo techo con cuentitos boludos sobre el amor efímero y el goce del momento presente.

Calme el corazón, uva generosa

y salgamos a camnar.

En Palermo, los domingos de mañana duermen los zombis

después de haber quemado hasta el nylon del chasqui

y falta mucho día

para que los tambores reparen el mulhadara.

Drogados con mi hermana luna
todas las cosas del mundo comprendemos,
mas luego, ¿quién recordará alguna?

"Bebe vino", dijo Kayyam,
"y el cannabis sabrá más dulce."

La luna rodó por las paredes de tu cuarto y cayó a mis pies.
Quise regalártela
pero fui cobarde y la luz del satélite se pudrió en mi jardín.

Recuerdo que aquella noche cantabas
-¿por qué sepulté tantos besos en mi garganta?
¿por qué aquel instante se diluyó entre mis labios?-
Recuerdo que cantabas y me abrigabas del miedo.
Me sentía tranquila, pero el diablo rondaba el cielo montado en su caballo rojo.
De vez en cuando su espada de plata rozaba nuestras espaldas.
Aquella noche cantabas y no dejabas de besarme.

-¿Por qué tiene ese recuerdo el color sepia del olvido?
¿Por qué entonces aún te busco entre las calles del insomnio?-

Recuerdo que cantabas, pero yo debía irme.

Es el tiempo del combate
del sol contra la noche
el fuego del día se enciende
y la rueda comienza a andar.

Cuántas vidas pasarán,
cuántas muertes quedarán,
cuántas noches,
cuántas estrellas.

Un recién nacido llora
preguntándole al mundo
¿qué vine a hacer acá?

El guerrero empuña su espada
y comienza otra jornada.

Has nacido nuevamente
miras
los dedos de tus pies
para reconocerte.

La frente y los ojos bien en alto
mirando hacia el oriente.

A veces la luna
quisiera abandonar su rutina menstrual
crecer por sus menguantes
llenarse siempre nueva.

A veces la luna
quisiera abandonar su palidez señorial
maquillarse como hermosa prostitua del cielo
geisha de acimut
y salir a cabalgar con las nubes nocturnas.

A veces la luna
quisiera dejar solo al sol
andando en bicicleta por el ecuador celeste
emanciparse de los eclipses y las estrellas
y brillar con luz propia,
como la luna roja
que en los libros sagrados
dicen, será,
la del último final.

Cuando me ves, no me ves. Yo me disfrazo.
Cuando veas el disfraz como la piel
habrás de creer que te di mi alma.

Pág 2 - "Ora pro nobis", primer texto de mi primer libro individual, el poemario artesanal "Debut" (2011).

Pág 4 - Primer texto de la serie "Versos de despecho", del poemario en proceso "Poeta hombre", que comencé a escribir en 2016. Este data de febrero o marzo de 2017.

Pág 5 - Primera parte de "Épica de una aldea", publicado en las actas del catálogo del segundo Traspuesto de un Estudio Para un Retrato Común, concebido en Conchillas en 2009.

Pág 6 - Primer aforismo de "Lecciones repasadas en Palermo", texto integrante de otro poemario en proceso, más urbano, barrial y callejero, llamado provisoriamente "Durazno y la Encina" (2017).

Pág 7 - Soneto atípico de versos blancos y métrica irregular que aparece entre mis carpetas de la adolescencia como "Primer poema a M." (tendré la discreción de no decir el nombre completo de la señorita en cuestión, más por mí que por ella porque quedé francamente en offside). Data seguramente de 1997. En aquel tiempo solía periodizar mi producción de poesía amorosa según las musas que la iban "inspirando".

Pág 8 - Primero de una serie de poemas inconclusa y sin título, concebida probablemente hacia 2010, cuyo hilo conductor era la narración de un Apocalipsis.

Pág 9 - Letra de "De princesas, juglares y dragones", primera pista de mi disco "Primero y urgente".

Pág 10 - Primera parte de un poema narrativo provisoriamente titulado "Caminata de domingo", también de "Durazno y la Encina".

Pág 11 - Primer texto del poemario conceptual "Odas psicotrópicas" (2006), del cual aparecen algunos textos en "Debut". En coautoría con Leonardo de Mello.

Pág 12 - Primera parte de una serie que escribí en mi adolescencia con un título tan espantoso como "Acepta este poco de polvo lunar" (1998). Si mal no recuerdo, la musa de este período tenía por inicial E y fue la que siguió a M, pero por suerte se trató de un período corto.

Pág 13 - Letra de "El guerrero", primera de una serie de doce canciones llamada "El Zodiaco", correspondiente esta, obviamente, al signo de Aries. Data probablemente de 2003. Fue incluida en "Primero y urgente" además de otra canción de la serie (la número 10 de la serie y número 2 en el disco, titulada "El anciano" y correspondiente a Capricornio).

Pág 14 - "La luna", primer texto de "Dicotomias" (1999), poemario inédito compuesto por dípticos. (El otro poema del díptico era, lógicamente, "El sol".) Tiene correcciones recientes, y mi plan es en algún momento rehacer todo el poemario. Obtuvo una mención en el Concurso Nacional de Literatura, pero no significó gran cosa, como suele pasar con las menciones.

Pág 15 - Primero de una serie de cuatro poemas de extensión similar, que figuran en "Debut" impresos en cursiva e intercalados en distintas partes del libro alineados hacia la derecha, intentando titular una suerte de segmentación aleatoria del resto de los textos.